

4. Esperar es aguardar con confianza un bien, un favor ó una utilidad cualquiera que se nos ha prometido. Si esta promesa os la ha hecho un hombre, la esperanza que teneis en la realizacion de la palabra dada, es solo una esperanza natural y puramente humana; no es esa la esperanza que conduce al cielo. Pero vuestra esperanza es sobrenatural y divina, si, apoyados en la fé, esperais y aguardais ciertos bienes porque Dios os los ha prometido. Esperar, en la significacion cristianá dada á esta palabra, es aguardar con confianza los bienes que la bondad de Dios se ha dignado prometernos. Esta bella esperanza es una virtud sobrenatural, que el Señor infunde en nuestro corazon, en el momento en que el agua del bautismo se vierte sobre nuestra cabeza. Esta virtud es la que nos hace poner toda nuestra confianza en Dios, y echar, segun el lenguaje de la Escritura, todo nuestro cuidado en el seno de Dios, nuestro Padre, recurrir á él en todas nuestras necesidades, y esperar con toda confianza, de su bondad y de su paternal cuidado, todos los auxilios, todos los bienes que nos promete para esta vida y para la vida futura.

Y ¿cuáles son estos bienes, que podemos esperar con una firme confianza? Dios nos ama á todos sin excepcion con un amor de padre; por consiguiente, quiere hacernos dichosos á todos. El nos toma á todos bajo su poderosa proteccion; por consiguiente, cuidará de nuestra existencia, nos defenderá de nuestros enemigos y nos consolará en nuestras penas y en nuestras aflicciones. El apóstol S. Pedro se muestra bien persuadido de esta consoladora verdad, cuando nos invita, á que *descarguemos en su amoroso seno todas nuestras solicitudes, pues él tiene cuidado de nosotros* (EPIST. I, CAP. V, 7), de tal manera, que *ni un solo cabello de nuestra cabeza caerá* sin el permiso de nuestro Padre celestial, como nos dice el Salvador (LUC. XXI, 18). Ved aquí lo que esperamos y aguardamos de Dios para la vida presente; pero las promesas que Dios nos hace para la vida futura, son mucho más ricas, mucho más magníficas. Ilustrados con las luces de la fé, diremos con el apóstol S. Pedro: *Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza de vida eterna, mediante la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, para alcanzar, algun dia, una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, y que es inmarcesible, reservada en los cielos para nosotros* (I PET. I, 3). Si, Dios mio, vuestra infinita bondad promete recibirnos en el cielo, asociarnos á la felicidad de los ángeles, y derramar un torrente de delicias en nuestras almas por toda la eternidad; mas esta indecible ventura es como una recompensa que se

nos debe dar; por consiguiente, debemos merecerla y hacernos dignos de ella. ¡Ah! si por nosotros mismos no somos capaces de ejecutar, ni aún la más pequeña accion meritoria; si ni aún somos capaces de producir un solo pensamiento que pueda agradar á Dios, ¿cómo hemos de merecer la felicidad del cielo? *Es bueno poner la esperanza en el Señor* (PSALM. CXVII, 9), *porque de él viene toda dádiva preciosa, todo don perfecto* (JAC. I, 17). Él conoce nuestra flaqueza, y él nos hará fuertes; él conoce nuestra indignidad, y él nos hará dignos. En efecto, el auxilio omnipotente de su gracia lo tenemos seguro; su mano nos levanta si caemos; su corazon nos perdona si, despues de haber tenido la desgracia de pecar, nos volvemos á él arrepentidos. Si; nuestro Dios nos hará capaces de la ventura que él mismo promete; y como dice el Profeta Rey: El Señor nos dará la gracia y la gloria (SAL. LXXXIII, 12): él será nuestra fuerza en la tierra, y nuestra gran recompensa en el cielo.

Esperemos sin dudar ni vacilar el cielo y las gracias necesarias para llegar á él. «Que haya en vuestra esperanza, dice S. Agustin, tanta certeza y tanta confianza, como si poseyeseis ya los bienes que esperais.» *Tenemos un poderosísimo consuelo*, añade el Apóstol, *los que consideramos nuestro refugio* y ponemos la mira en *alcanzar los bienes que nos propone la esperanza: la cual sirve á nuestra alma como de una áncora segura y firme* (HEBR. VI, 18). Nosotros debemos esperar con toda confianza, porque es el mismo Dios quien ha prometido los bienes que esperamos. Vosotros teneis el derecho de desconfiar de las palabras y de las promesas de los hombres, porque os han engañado con mucha frecuencia; pero *Dios, que no es como el hombre para que mienta* (NUM. XXIII, 19), no engaña jamás. Dios nuestro Señor es la misma verdad, y no pueden salir de su boca más que palabras de verdad. Él es infinitamente justo y bueno; por consiguiente, quiere ser siempre fiel á las promesas que nos ha hecho. Él es omnipotente; por consiguiente, puede cumplir siempre sus deseos, puede dar todo lo que ha prometido; así es, que, *queriendo mostrar á los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo ó resolucion, interpuso juramento* (HEBR. VI, 17) para apoyar su divina palabra. Nuestra esperanza reposa en la palabra de Dios, y, por consiguiente, debe ser firme, debe ser incontrastable, porque no solo le sirve de base la palabra de Dios, sino que se apoya tambien en los méritos de nuestro Señor Jesucristo. Estos méritos son infinitos, y bastan para alcanzar todo cuanto es necesario á nuestra salvacion. El precio de todas las gracias que solicitamos, está pagado con anticipacion; y Dios, que lo aceptó, ha prometido concedernos todo cuanto le pida-

mos por los méritos de su amado Hijo. « ¡Oh hombre! dice S. Agustin, ¿qué es lo que Dios te ha prometido? Que vivirás eternamente. ¿Qué prenda te ha dado? Ha muerto por tí. Nosotros, pues, tenemos la sangre de Jesucristo, nosotros tenemos su muerte. Dios ha hecho ya más de lo que le queda que hacer, y sus dones exceden á sus promesas. Vivirá eternamente el hombre mortal, puesto que un Dios inmortal se ha dignado morir por él. » Si á pesar de que éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo único, con mucha más razon ahora, que estamos reconciliados, seremos salvos por la vida de este mismo Hijo, muerto y resucitado por nosotros. Este pensamiento es del apóstol S. Pablo, que nos dice: *Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia: á fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos á tiempo oportuno* (HEBR. IV, 16), para llegar al cielo, que es el término de nuestras esperanzas.

Dios mio, vos prometeis ayudarnos con los auxilios de vuestra gracia, perdonarnos nuestros pecados, y darnos un lugar en la mansion de los bienaventurados. Dios quiere, hermanos míos, que no cesemos jamás de esperar estos grandes bienes, esta felicidad que nos promete; pero quiere tambien indudablemente, que no perdamos jamás de vista, la condicion impuesta para el cumplimiento de estas magnificas promesas. ¿Cuál es esta condicion? Que os consagreis con sinceridad á su servicio; que no pongais obstáculos á su gracia ni á sus beneficios; que observeis fielmente sus divinos preceptos. Dios te crió sin tí, dice S. Agustin, pero no te salvará sin tí, sin tu cooperacion. Tú harás cuanto puedas para cumplir la voluntad santa de Dios, durante tu paso por la tierra; porque, para conseguir la vida eterna, como ha dicho el mismo Jesucristo, es necesario guardar los mandamientos. Y esto es muy justo, hermanos míos. Para adquirir fortuna, ¿cuánto anhelo, cuántas fatigas, cuántos trabajos! Y cuando llegais á adquirir esos bienes, ¿qué es lo que teneis? Nada, pues que todo lo dejais á la puerta del sepulcro. Pero una vez puestos en posesion de los bienes que Dios os promete, los poseereis para siempre; esta es una felicidad eterna. No creais que haréis demasiado, consagrando todos vuestros esfuerzos, vuestro entendimiento, vuestro corazon, vuestra alma y vuestro cuerpo á la adquisicion de estos grandes bienes; si llegais á obtenerlos por una cosa tan pequeña, los obteneis por nada. Sin embargo, hasta ahora hemos preferido siempre los falsos bienes de este mundo; los hemos deseado y codiciado; hemos hecho cuanto podiamos para adquirirlos, como si pudiesen hacernos felices, como si debiésemos vivir siempre en la tierra. *¡Insensato! esta misma*

noche han de exigir de tí la entrega de tu alma (LUC. XII, 20).

El verdadero cristiano, mucho más sábio y más prudente, se considera como un viajero, que debe dirigir siempre sus pasos hácia otra patria diferente de este mundo; él tiene en el corazon el amor de los bienes inefabables, que Dios ha preparado á sus escogidos en la otra vida; la esperanza, que él alimenta en su alma, de gozar un dia de esa dichosa vida, le impide adherirse á los bienes de la tierra, le hace despreciar los falsos y culpables placeres del mundo, le ayuda á resistir con valor las tentaciones, y á sufrir los males con paciencia. Esta esperanza de los bienes eternos, que le consuela en las aflicciones, le sostiene igualmente contra los peligros de la adversidad y contra la seducciones de la prosperidad. Él sabe, que la paciencia cristiana será coronada de gloria en los cielos; él sabe, que los bienes de este mundo no son otra cosa que un poco de polvo brillante, y no permite á su corazon que los ame. Él gusta las cosas de lo alto, como dice el Apóstol; él las ama, las desea, las espera y las aguarda; esta esperanza está en su corazon, y pide á Dios que le afirme en ella cada vez más; y por esta razon está con frecuencia en sus labios la oracion que llamamos acto de esperanza. Recitad con frecuencia esta bella oracion, á fin de que vuestra esperanza se perfeccione y se eleve al más alto grado, á fin de que os desprendais del siglo, para aspirar con mayor ardor á la posesion de los tesoros y de las delicias del cielo. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

ESPERANZA.—La esperanza de los que viven segun el espíritu de la carne, es una esperanza que abusa de la bondad de Dios.

La esperanza de los que viven segun el espíritu, es una esperanza que impele á Dios á llevar sus promesas más allá de lo que significan.

ESPERANZA.—La verdadera esperanza nos libra del deseo de pecar.

La verdadera esperanza nos hace practicar el bien, sin esperar la recompensa de parte de los hombres.

La verdadera esperanza nos hace aguardar el auxilio de Dios en los mayores conflictos y apuros.

ESPERANZA.—Nada es tan eficaz como la esperanza para ayudarnos á practicar buenas obras.

Nada es tan eficaz como las buenas obras para robustecer y arraigar la esperanza.

ESPERANZA.—No hay verdadera esperanza sin devoción.
No hay verdadera esperanza sin resignación.

ESPERANZA.—La esperanza aparta al alma del servicio del mundo, para ponerla al servicio de Jesucristo.

La esperanza nos hace rehusar los honores que nos ofrecen los hombres, manifestándonos los que nos ofrece Jesucristo.

La esperanza produce el disgusto de la vida presente, y nos hace desear la muerte de los justos.

ESPERANZA.—No hay ningún santo, cuya esperanza no haya sido sencilla.

No hay santo, cuya esperanza no haya sido justa.

No hay santo, cuya esperanza no haya sido invencible.

Pasajes y figuras de la Sagrada Escritura y autoridades de los Santos Padres sobre la ESPERANZA; véase: CONFIANZA EN DIOS.

ESPERANZA CRISTIANA; véase: CONFIANZA EN DIOS.
ESPONSALES; véase: DESPOSADOS.

ESPÍRITU DE JESUCRISTO.

Nos autem senum Christi habemus.
Mas nosotros tenemos el espíritu de Jesucristo.

(S. PABLO, I, COR. II, 16.)

El mundo, hermanos míos, se compone de dos clases notables de hombres: cristianos y mundanos. Los cristianos, son los hombres de Jesucristo, y los mundanos, lo son del mundo. Los cristianos, son hombres que viven para Jesucristo; los mundanos viven para el mundo, ó sea, para ellos mismos. Veis, pues, que hay, entre estos dos pueblos, el pueblo de Dios, y el pueblo del mundo, una línea diviso-

ria muy marcada. Lo que forma al hombre es su vida; vivir para Nuestro Señor, he ahí lo que forma al cristiano; vivir para el mundo, vivir para sí mismo, he ahí lo que forma al mundano.

Cuando S. Pablo decía á los fieles de Corinto: «Nosotros tenemos el espíritu de Jesucristo,» por esta palabra: «nosotros,» expresaba todos los cristianos. Y es, que, en los primitivos tiempos, los fieles estaban animados de unos sentimientos cristianos, mucho más enérgicos que los que á nosotros nos animan. De suerte, que por disposición del Señor mismo, y de los apóstoles Pedro y Pablo, los fieles todos comulgaban cada día, y se dedicaban á la oración. Tenían, como nosotros tenemos, sacerdotes consagrados á Dios, horas fijas de oración; á la hora de prima y tercia, ó sea, á las seis de la mañana, y á las nueve, se secuestraban del mundo algunos instantes para orar. Lo propio hacían á las horas de sexta y nona, esto es, á medio día, y á las tres de la tarde. Finalmente, ántes de comer, rezaban vísperas, y, frecuentemente, pasaban toda la noche en oración, en las vigilias de las festividades y de los domingos. Su vida, á diferencia de la nuestra, era vida de oración, y estaban, por decirlo así, sumergidos de continuo en el baño sagrado del amor de Dios, del espíritu de fé, y de amor á Jesucristo. Además, todos comulgaban cada mañana, sin excepción, como se lo habían formalmente ordenado los Apóstoles, que, conforme al testimonio del papa San Clemente, habían introducido esta costumbre en la Iglesia romana de Occidente, según se lo había enseñado Jesucristo, en los días que mediaron entre su resurrección y su ascensión al cielo. Puede, pues, decirse, que los cristianos primitivos tenían el espíritu de Jesucristo, espíritu, que recibían de la frecuente y cotidiana comunión.

No puede decirse lo mismo de nosotros; no tenemos el espíritu de Jesucristo. Es considerable el número de fieles, que son infieles; numerosísimo es el número de cristianos, que lo son solo por el bautismo, que no tienen el espíritu de Jesucristo, ni son hombres del Evangelio, sino que, á la vez, son de Jesucristo y del mundo. Son de Jesucristo y de su Iglesia por el bautismo, y por la fé católica, de la cual no quieren apostatar; pero, por los hábitos exteriores, por sus gustos, son del mundo. Estos cristianos no tienen el espíritu de Jesucristo; y sin duda vosotros habeis venido aquí para adquirir este espíritu, así como he venido yo, para acrecentar vuestras luces y aumentar vuestro fervor, á fin de que no os dejéis arrastrar por el torrenciente mundano, que pierde á tantos cristianos en este siglo; para hablaros de los efectos principales de la santa comunión en las almas, y de los efectos de la adoración del Santísimo Sacramento; para acrecer y